

JUAN PABLO BERTAZZA

El fantasma y el ángel

Página 2



WALTER LEZCANO

Las distintas maneras de ser escritor

Página 3



JAVIER CHIABRANDO

Bob, el bueno

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 255 | JUEVES 20 DE OCTUBRE DE 2016



El silencio en el viento

Mientras el mundo literario y cultural discute la última decisión del jurado del premio Nobel, su ganador, Bob Dylan, contesta con el silencio. Tres voces contribuyen a seguir soplando nuevos aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con una delegación de representantes y artistas de la cultura argentina, el Micsur comenzó su segunda edición en la ciudad colombiana de Bogotá para fortalecer y desarrollar lazos y contactos comerciales entre productores, empresarios y gestores de diez países de América latina y potenciar así las economías creativas en la región. Con muchas expectativas, llegaron a Bogotá representantes

argentinos del sector editorial, de sellos independientes, distribuidoras, cooperativas y alianzas editoriales; de la música—desde la universidad del Litoral hasta una productora de rock y reggae—; de la industria audiovisual; de las artes escénicas; del diseño, a través de cooperativas emergentes, y de espacios con trayectoria como Tierra Malba; y desarrolladores y programadores de videojuegos.



→ JUAN PABLO BERTAZZA

La vida de un escritor que se dedicó a la música: sus giros artísticos y algunas continuidades marcan un estilo único en la literatura universal.

La carrera literaria de Bob Dylan empezó incluso un poco antes que la musical cuando, en los albores de los años sesenta, y con el objetivo de conseguir su primer contrato, acribilló a John Hammond—director artístico de la CBS y el cazatalentos más célebre del siglo XX—con alucinantes relatos acerca de sí mismo: la extraordinaria vida de un huérfano que no tiene a nadie en el mundo más que un tío en las montañas de Nevada. En esa etapa temprana confecciona algunas obras que trascenderán, incluso, la propia fama del autor como *blowing in the wind* (que, en verdad, salta al estrellato a partir de la lectura de *Peter, Paul & Mary*) y *Hard rain's a gonna fall*, himno entre apocalíptico y pacifista que Peter Seeger—sindicado como portador de una hacha con la que, poco tiempo después, pretendía cortar los cables de la evolución de la especie dylaniana—prometió—y cumplió—hasta el día de su muerte.

Con el día del hacha arriada, precisamente, la segunda etapa literaria de Dylan: en Newport en 1965, con el pelo en estado salvaje cual tentáculos de pulpo y una Fender Stratocaster rescribe el género de protesta. Resignifica el concepto de Rolling Stone, inventa un nuevo género que algunos empezarán a llamar *folk rock* y entra definitivamente en la historia creando una historia colectiva, el *folk* que hoy día muchos llaman *rock* o *pop*. El amaño, ahora reniega de él, lo abuchea y lo maldice, despectivo como un adolescente en plena ruptura amorosa. Claro que lejos de paralizarlo, ese grado de exposición a carne viva significó, al parecer, una enorme fuente de ins-



piración que daría como resultado una trilogía que se cuenta, quizás, entre lo más alto de una carrera repleta de altos y bajos, crecen con el tiempo como los enanos de los circos de los desafortunados: *Bringing it all back home* (1965), *Highway 61 revisited* (1965) y *Blonde in blonde* (1966). “En tiempos puede parecer que el presentador de televisión siempre te periodo podía llegar a resultar autodestructiva y es por eso que Dylan decide cambiar de rumbo.

Entonces ingresa en el género de suspenso a partir de un supuesto accidente nunca del todo esclarecido, nunca del todo explicado, que habría sucedido en julio de 1966 y que tuvo dos consecuencias tan predecibles como paradójicas: Dylan desapareció de todos los lugares donde solía estar—estudios de grabación, escenarios, estadios y hoteles—y volvió a presentarse en ellos—pero la ansiedad desesperada de un público que quería salir a decir al mundo que había conocido al hombre antes de transformarse en mito. El resultado de esta etapa de quiebre se plasma en el binomio *John Wesley Harding* (1967) y *New*

morning (1970), dos obras que combinan nitidez vocal, bucolismo casero y trascendentales reflexiones domésticas.

Broche parecía que ese era el camino esperado y esperable de una carrera literaria que ya tenía derecho a apagarse de a poco, Dylan atraviesa de manera sublime el género autobiográfico, eso que los franceses llaman un poco asquerosos de sí mismos *l'autoportrait para dar nacimiento a la más perseverante de sus obras maestras: Blood on the tracks* (1975), un arma letal con proyectiles amorosos que persiguen víctimas con agravante por parentesco conyugal: al menos un puñado de los microrelatos ahí incluidos, como *Simple twist of fate*, *Lost wind* (el poema de amor odio más hermoso de la historia) y *You're a big girl now* (“Estoy empezando a perder la cabeza, con un dolor que para y vuelve a empezar, como un sacacorchos en mi corazón, desde que estamos separados”) no deberían faltar: al menos en una antología de la literatura mundial del siglo XX. Como todo hallazgo esa etapa visceral y a la vez tremendamente sobria encuentra ecos formidables en otros pedazos de obra como *Abandoned love*, soberbio poema en el que cuenta que “y el ángel pelea con un fantasma y siempre está en otro lado cuando él lo más necesita” y que sin embargo fue excluido inexplicablemente de *Deire* (1976), para enriquecer aún más ese mar semillado y pseudopariata de inéditos y *bootlegs*.

La evolución literaria continúa con una experiencia religiosa que, como sucede siempre pero aún más, generó opiniones encontradas: un vuelco al cristianismo en tres obras: *Sleeze train coming* (1979), *Saved* (1980) y *Shot of love* (1981) que recuerdan, entre muchas otras cosas, que en la religión también hay poesía, como indica *Every grain of sand*: “en la vorágine de presente puedo ver la mano del Maestro, en cada boca que tiembla, en cada grano de arena”. Con un simulacro Dylan se sumerge en el absurdo, un poco más allá de cuando un nivel de realismo y la patética, al comenzar el 7 de junio de 1988 una gira interminable que desafía los

límites del entendimiento y la linealidad temporal y que continúa por estos días.

Es cierto también que otras decisiones literarias fueron más desafortunadas o, mejor dicho, insignificantes. Como la que insinuó en 2004 al protagonizar un anuncio de Victoria's secret que no terminó de admirar a quienes querían bancarlo ni de molestar demasiado a quienes podían llegar a criticarlo por venderse al mundo de la publicidad que, no obstante, devolvió la gentileza al transformarlo en gran inspirador de una de las series más exitosas de los últimos tiempos, *Mad Men*, donde Dylan no solo es nombrado casi una vez por capítulo sino que incluso aparece a manera de fantasma y hasta configura desde su sombra el misterio de su protagonista Don Draper. Porque también es cierto que ya, desde comienzos del nuevo milenio, la influencia literaria de Dylan pareciera no tener límites: casi todos los grandes candidatos al premio Nobel de literatura desde hace años lo elogian y hasta uno de ellos, el español Enrique Vila Matas, escribió una novela, *Aire de Dylan*, en la que acumula 400 páginas que podrían resumirse en una sola frase: “admiro a Dylan”. Pero también se immiscuye en *Woody Hall*, la obra maestra de Annie Allen y genera que Joaquín Sabina componga una canción, “No puedo enamorar de ti”, que es un calco indisoluble de *Knocking on heaven's door* a tal punto que la de vergüenza tocarlo en público.

Por todo eso resulta tan extraordinario y, a la vez, esperable que, cada dos por tres, Dylan inaugure una nueva etapa de su carrera literaria. Pero lo que está sucediendo ahora mismo tiene olor a consagración: mientras el mundo entero se polariza entre los detractores y defensores del Premio (como hacía tiempo no sucedía en el ámbito cultural en cualquiera de sus múltiples formas) el continúa explorando el absurdo de su *never ending tour*, con la complejidad de cuando un nivel de realismo y la patética, al comenzar el 7 de junio de 1988 una gira interminable que desafía los límites del entendimiento y la linealidad temporal y que continúa por estos días.

La Academia Sueca ha renunciado a comunicarle directamente a Bob Dylan que ha sido distinguido con el Nobel de Literatura de este año, después de cuatro días de haber intentado ponerse en contacto con él, sin éxito. Así lo aseguró Sara Danius (foto), la secretaria permanente de esta institución que elige cada año al ganador del Nobel en esa categoría. Los representantes de la Academia sí han podido

contactar al agente del músico y a otras personas de su entorno, pero no han podido hablar directamente con Dylan, quien tampoco ha hecho ninguna declaración pública ni comentarios al respecto en sus conciertos de los últimos días. Danius aseguró no estar preocupada a pesar de que todavía no se sabe si el músico aceptará el premio o acudirá a Estocolmo a recogerlo el próximo 10 de diciembre.



Las distintas maneras de ser escritor



→ WALTER LEZCANO

¿Cuánto de nuestra mirada, de nuestro intelecto ponemos a la hora de leer y escuchar a un artista? ¿Cuánto de nosotros contribuye al talento de un artista?

Hay vidas que, indefectiblemente, parecen estar relacionadas con la literatura y la invención. Bob Dylan, cuando todavía era Robert Allen Zimmerman, pasaba sus días aburrido en un pequeño pueblito gris de Minnesota y pensó que su boleto ruripartista a una existencia aventurera estaba en el circo itinerante que visitó su pueblo. Quedó fascinado cuando vio esas caravanas exóticas y se enteró que viajaban por todos lados llevando diversión, música y fantasía. Seguro que ahí nació la idea del *Neverending Tour*, pero no nos adelantemos. Desde ese momento de su infancia quiso abandonar la tierra en la que creció junto a su familia y conocer qué había del otro lado de la paranoia y desolación que azotaba a USA en los 50 por el fin de la Guerra Fría y el comienzo de la década del 60 y el arribo de los ideales hippies heredados de los beatniks. Una época bisagra en la historia de la cultura norteamericana a todo nivel. Resulta comprensible: la vida real sin ficción es realmente insoportable. Es decir, Bob Dylan primero tuvo la necesidad de escapar a cualquier cosa que creara una nueva manera de habitar su tiempo. Tuvo una visión de largo alcance y, por supuesto, difusa. El problema que surgía era cómo lograrlo y llevarlo adelante, qué lenguaje utilizar, de qué manera hacerlo real, cotidiano. Justo



en ese preciso momento, apareció la música como salvavidas y posible destino. El rock and roll estaba naciendo y Dylan, que aún seguía siendo Robert Allen Zimmerman y estaba a punto de abandonar ese nombre como quien sale de una temporada en la cárcel, vio un paraíso en el cual plantar una bandera y colonizar un espacio que le perteneciera sólo a él. Nació, entonces, el músico. Y también, a no dudarlo, el escritor. Ahora bien, ¿cómo se forma un escritor y músico que sale a descubrir el mundo y a la vez quiere que el mundo lo descubra? O, tal vez, hay que preguntarse, ¿cómo se formó el tipo particular y extraordinario de escritor y músico que quería encarnar Bob Dylan? En el documental *No direction home* de Martin Scorsese lo dice muy bien: "fue un tipo de predicador". Lo que en términos reales significa que se puso a estudiar su instrumento —la gui-

tarra— en forma minuciosa, a escuchar todos esos discos de folk y blues que daban cuenta de la tradición de la que quería formar parte y además leyó como nunca lo había hecho antes. En ese corpus de lecturas estuvieron Arthur Rimbaud, Charles Baudelaire, más otros surrealistas franceses y todos los poetas beatniks con Allen Ginsberg y Jack Kerouac como brújulas y guías a la cabeza. Bob Dylan, como autodidacta selecto y exquisito, tuvo bien claro de qué fuentes ir a tomar sus materiales literarios. Fue un período formativo del cual emerge con un potencial increíble y que se vio reflejado con claridad en la película *Inside Llewyn Davis* de los hermanos Cohen que retrata la naciente escena folk del Village: cuando apareció Bob Dylan en New York se abría un mundo que

para abarcar los grandes temas literarios que movilizan a la humanidad y se vuelven el arte grande y distinguido que atraviesa el tiempo. Hay filmaciones de esos días en los que Dylan no para de tipear en su máquina de escribir. ¿Qué buscaba? Lo que quieren todos los escritores: llenar las páginas en blanco y ver si ahí hay algo valioso. Lo que encontró fue un "vómito" estructurado en versos que se continuaba por varias páginas. No lo comprendía totalmente pero sabía que tenía fuerza, calidad. Era *Like a rolling stone*. Cuando lo grabó la redujo considerablemente y quedó una versión de "apenas" 6 minutos. Fue su mayor hit. Luego le diría a *Playboy* que antes de terminar esa canción creía que todavía necesitaba escribir una novela o una obra teatral para vivir del trabajo. Se hizo cuenta de que estaba equivocado y se entregó a la canción como quien descubre su

lugar en el mundo. La sabiduría de Dylan estuvo ahí para darse cuenta de que no hay una sola manera de ser escritor y crear una obra que se filtre como ninguna otra en la cultura letrada y popular del tiempo que le toca vivir.

En este sentido, *Tarantula* y *Crónicas*, volúmenes I, sus únicos dos libros escritos que, por otra parte, no podían ser más distintos, representan —aunque sune paradójico— aventuras "menores" aunque valiosas (en la carrera de Dylan no se descarta nada) dentro de lo que Dylan venía construyendo con sus canciones ya que funcionan como notas al pie de una arquitectura sonora y lírica en perpetua demolición y construcción.

El reconocimiento de un artista excepcional del calibre de Bob Dylan forma parte de los aires de cambios en una época en la que las concepciones anquilosadas en el pasado acerca de los cercos genéricos están desintegrándose. Por suerte. Desde esa perspectiva, la de correrse del lugar que implica pensar a lo literario como aquello que sucede únicamente en una novela o en un poemario o en un texto dramático, un repertorio enorme de canciones (que por otra parte va mutando en cada concierto del *Neverending Tour* y se puede escuchar en la *Bootleg series*) es fácil admirarlo como todo un recorrido de creación única que cimentó su poder en dos torres heroicas: las letras (cuya expresión de sentido reconfiguró el formato clásico de verso) y estríbillo al incluir en su esencia desbordes líricos propios de la novela y el cuento, entre otros géneros) y la voz. Y cuando hablamos de la voz nos referimos a un modo característico y paradigmático de pronunciar. ¿No es acaso una de las virtudes de los buenos escritores: la de tener una voz reconocible? Claro que sí. Y Dylan, para concluir, es un escritor que hace de la voz un poema, cambiante, limitada e inconfundible —y particularmente de la enunciación—, un arma de transcendencia a largo plazo y un vehículo de significación en la que ningún matiz se cierra a la interpretación unívoca.

UNA METÁFORA BRILLANTE



Migraciones, ausencias, violencias políticas, el legado intergeneracional. Parecen temas complicados para tratar con los niños, sin embargo, se logra en una historia breve y conmovedora: *Un diamante en el fondo de la tierra*, del colombiano Jairo Buitrago publicada por Editorial Armanuta, de Chile y que acaba de destacarse en la

prestigiosa lista White Ravens 2016 de la Biblioteca Internacional de la Juventud, de Munich, Alemania. Una consigna escolar dispara la búsqueda de memorias familiares. Las vidas de los abuelos condensadas en una frase o dos que, en el caso del niño narrador, refieren una historia en la dictadura chilena. Las ilustraciones en carbonilla,

de Daniel Blanco Pantoja, develan detalles y subrayan el contexto de explotación social de los mineros, la grisura de la vida bajo Pinochet. Dos libros argentinos también fueron distinguidos: *Puatacha Rentes*, de Ivantschy y *La chica pájaro*, de Paula Bombarda, que aborda la violencia doméstica en una novela para jóvenes.



CONTRATAPA

→ JAVIER CHABRANDÓ



Las polémicas en los bares, en los talleres literarios, en las librerías o, incluso, en lugares donde nunca se habla de literatura se han reactivado con el último premio Nobel.

Bob, el bueno

Aquel que no está ocupado naciendo, está ocupado muriendo", escribió el bueno de Bob hace décadas. Nacer, volver a nacer, sin haber muerto, parece ser lo que el Nobel ha logrado. Cuando ya estábamos demasiado acostumbrados a su existencia, cuando nadie sabía si seguía grabando (al menos en países lejanos como el nuestro), cuando el anecdótico de su vida (introducir a los Beatles en el consumo de la marihuana, el más recordado) era tan grande como su vida, cuando los discos de grandes éxitos y recopilaciones eran tantos como los originales, al bueno de Bob le dan el premio más famoso, el más dotado en dinero, pero no por su vida ni su música, sino por su poesía. Y aquel que estaba ocupado muriendo, volvió a estar ocupado naciendo, ahora como mito literario.

Digámoslo ya, argentinos. Casi todas las polémicas que se han desatado son irrelevantes, aunque divertidas, sobre todo la que se da en este país sobre su poesía, como si todos fuéramos lingüistas y escucháramos su música (o toda la música) en el idioma original. Pero de las letras, no satisfechos con la melodía, el ritmo y los sonidos, haciendo como que no sabemos que las canciones no se traducen como los libros y rara vez se adaptan al idioma de la casa.

Por eso, los que escuchamos la

música en inglés tomando la letra como parte de la música, y rara vez nos remitimos a la profundidad poética de la letra, deberemos aceptar que la poesía del bueno de Bob es genial. Es que así lo dicen los muchachos del Nobel, que saben mucho, muchísimo, saben tanto que saben que Philip Roth y John Berger, por nombrar a dos grandes en obra y edad, no se merecían el premio sino el genial Bob "por haber creado nuevas expresiones poéticas en el marco de la tradición musical estadounidense".

Qué raro que los muchachos del Nobel, tan expertos en el uso de la palabra, no se dieran cuenta de que lo que lo ha creado la confusión, las risas y las burlas, es la palabra "musical" en el anuncio. Hubiera bastado con dejar lo de "nuevas expresiones poéticas" y no fomentar la polémica. Y como si fuera necesario reforzar que Bob se lo merecía, la vozera del Nobel salió a aclarar que "es impresionantemente versátil; ha estado activo como pintor, actor y guionista". Y aunque es verdad en parte que pinte de nada sirve para que se entienda a Bob como gran poeta. Desde *King Lear*, *Bob Dylan*, *Bob Dylan*, pero en este caso no bastó.

Por eso vamos a los hechos. Hace rato que el nombre de Bob figura entre los posibles ganados

del premio creado por el inventor de la dinamita. Ya hace década y media, el chileno Nicanor Parra declaró que se lo merecía por tres versos de la canción *Tombstone Blues*: "Mi padre está en la fábrica y no tiene zapatos / mi madre está en el callejón buscando comida / yo estoy en la cocina, con el blues de los cementerios (o de las lápidas, según traducción)". Las primeras noticias acerca de la candidatura de Bob son de 1996, cuando se organizó en Estocolmo un comité de a su favor. Y mientras el gran premio se hacía esperar, Bob fue acumulando el Príncipe de Asturias de las Artes, el de Comendador de la Orden de las Artes y las Letras francesas, el Kennedy Center Honors, el Polar, un Doctor Honoris Causa por la Universidad de Princeton.

Pero ninguno era el Nobel. Por eso, como si se preparara, como por las dudas, en 1966 escribió *Tarantula*, un retrato de su vida y sus satélites: mujeres, hábitos, ideas, música, a mitad camino entre la prosa poética, el verso y la experimentación a la manera de Kenneth Koch, Bob Dylan, Allen Ginsberg. En 2004 editó *Cronica: Yáhuim*. Y, primera parte de una autobiografía que incluye detalles de su llegada a Nueva York en 1961 y de su primer álbum. Pero estos libros nada tienen que ver con el Nobel. El Nobel es por su obra poética,

que conocemos a medias, a veces mal traducida, y a la que prestaremos más atención a partir de ahora, al menos por un par de meses.

Tampoco es justo tomársela con el bueno de Bob. Los premios llegan como lo que son: parte del mundo del espectáculo, del que Bob es abonado desde hace medio siglo. A su carrera (que influyó desde los Beatles a León Gieco), con una discografía de medio centenar de discos y más de cien millones de copias vendidas, poco le aporta esta voltereta del comité que concede el premio. Quizá lo acepte, quizá no. Siempre fue un rebelde, pero también es el hombre que acepta tocar ante el papa en el Congreso Eucarístico de 1997 en Bolonia, como si dos instituciones (Bob lo es) que no pueden tener del mundo sino posiciones enfrentadas, necesitaran reconciliarse ante todos. Imposible olvidar la imagen del papa sosteniendo su mentón a punto de dormirse, aunque más ausente pareciera cuando en lugar de Bob el que tocaba ante él era Diego Torres.

Si Bob se merece el premio o no, no interesa. Que no se lo den a Bob, Bob Dylan, Allen Ginsberg o a cualquiera de los demás que aquellos a los que siempre hemos reconocido como los que nos decían a qué escritores teníamos que

leer por sobre otros, han decidido darnos una lección, que quizá recibamos. Es que durante mucho tiempo los obedecimos algo ciegamente y salimos a buscar los libros de autores ignotos que, en muchos casos, poco nos interesaban después de conocerlos en profundidad. Los obedecimos hasta que dejamos de obedecerlos. Y los nombres de los ganadores empezaron a sonarnos como los campeones del Barcelona, que se nos mezclan y confunden. Si faltaba algo para que nuestra desatención hacia el Nobel se consumara categóricamente era que el premio no se lo dieran a un escritor. Gracias, comiéndolo, ya no tendremos que salir corriendo a leer escritores secretos y de paso ahorraremos dinero.

Quizá Bob conteste el premio con palabras de *Master of War* que el comité desconoce u obvió: "Ustedes, que se esconden detrás de escritorios / Sólo quiero que sepan / Que puedo verlos a través de sus máscaras". O tal vez lo acepte, emulando al día en que cantó para Wojtyła. Igual no olvidaremos que trabajó duro para llevarnos todos los premios de la literatura. Sigamos respetando sus canciones sin pensar demasiado, como hemos hecho siempre, rescatando alguna que otra frase para repetir la a primera ocasión, sintiéndonos parte de aquellos a los que el bueno de Bob también ayudó a vivir.